

SAN JOHN FISHER Y LA VIRGEN SANTÍSIMA

[SAINT JOHN FISHER AND THE BLESSED VIRGIN]

JAVIER MORA

SUMARIO: 1. LA INMACULADA CONCEPCIÓN. 1.1. *El contexto histórico de la fe en la Inmaculada en tiempos de Fisher.* 2. LA MEDIACIÓN DE MARÍA. 3. LA VIRGINIDAD PERPETUA DE MARÍA. 4. LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN SANTÍSIMA. 5. LA ANUNCIACIÓN DE LA VIRGEN. 6. CONCLUSIÓN.

Resumen: San Juan Fisher, Cardenal martirizado por Enrique VIII, Canciller vitalicio de Cambridge, fue Obispo de Rochester y uno de los teólogos controversistas que salieron al paso de los errores luteranos en fecha más temprana. Sus obras fueron citadas profusamente en el Concilio de Trento. No escribió ningún tratado sistemático sobre la Santísima Virgen, por lo que su doctrina mariológica hay que buscarla en sermones y libros de controversia. En este artículo se recogen sus afirmaciones sobre la Inmaculada Concepción, la Mediación de María, su Virginitad y el misterio de la Asunción, con alguna consideración sobre el contexto histórico.

Palabras clave: Controversistas, John Fisher, Virgen María.

Abstract: Saint John Fisher, Cardinal, martyred by Henry VIII, life-long Chancellor of Cambridge, was the Bishop of Rochester and one of the earliest controversist theologians who contradicted the errors of the Lutherans. His works were widely quoted in the Council of Trent. He wrote no systematic treatises on the Blessed Virgin, thus his Marian doctrine must be found in sermons and books of controversy. This article is an anthology of his assertions on the Immaculate Conception, the Mediation of the Virgin Mary, her Virginitad and the Mystery of the Assumption, with some thoughts on the historical context.

Keywords: Controvertists, John Fisher, Virgin Mary.

La figura señera de John Fisher va cobrando más relieve según pasan los años. No únicamente como santo, porque tras su martirio y canonización, tardía, la piedad cristiana lo ha tenido siempre en alta estima, por ser el único Cardenal mártir de la historia. No sólo como personaje insigne de la historia de Inglaterra, porque siempre se ha admirado su valiente oposición a Enrique VIII, tanto en lo referente a su matrimonio con Catalina de Aragón como en su cismática proclamación como cabeza de la Iglesia en Inglaterra. Oposición que le llevó al cadalso pocos días antes de que su amigo Tomás Moro siguiera la misma muerte injusta. Al valor de su testimonio de vida, se le añade también ahora el valor de sus escritos.

Sin embargo, no se puede negar que, durante siglos, su obra literaria y teológica ha sido poco destacada, incluso entre los *scholars* de su Universidad, Cambridge, que le debió a él, sin duda, el desarrollo y la altura científica que la convirtió, junto a Oxford, en la famosa Universidad que es desde el siglo XVI.

Desaparecidas las discriminaciones de los católicos en la vida pública y universitaria, desde el siglo XIX, y de modo creciente, las obras de John Fisher van valorándose en un continuo *crescendo* de investigación y de bibliografía¹.

Predicador admirable, con fama de ser el mejor orador sagrado de su tiempo; emprendedor humanista que incluyó el estudio del griego y del hebreo en Cambridge, con profesores de la talla de Erasmo y Reuchlin, respectivamente; y, finalmente, preclaro teólogo que estuvo a la cabeza de los controversistas anti-luteranos tanto por su anticipación al percibir el peligro, como por su profundidad teológica en la defensa de la fe católica.

1. En referencia a ese avance en la investigación, por brevedad, me gustaría citar sólo tres trabajos. En el campo biográfico, destacaría la obra de M. DOWLING, *Fisher of Men. A Life of John Fisher*, St Martin's, New York 1999, que publica nuevas referencias procedentes de la Biblioteca Vaticana. Como estudio filológico y literario, con una interesante introducción sobre la homilética medieval y renacentista, es muy destacable la edición crítica de sus sermones en inglés, publicada por C.A. HATT bajo el título, *English Works of John Fisher, Bishop of Rochester. Sermons and Other Writings, 1520-1535*, Oxford University Press, New York 2002. Finalmente, el más completo estudio de la teología de Fisher es, sin duda, el realizado por el University Senior Lecturer de la Faculty of Divinity de Cambridge y Director de Estudios en Historia del St. John's College, Dr. R.A.W. REX, *The Theology of John Fisher*, Cambridge University Press, Cambridge 2003.

No obstante la amplia difusión de sus obras y la repercusión que tuvieron en Trento, no se puede decir que su teología se desarrollara de modo sistemático. Su inteligencia, su pluma y su erudición se ponen al servicio de la fe católica en continuas batallas contra Lutero, Ecolampadio, el mismo Enrique VIII, Clichtoveo o Lefèvre d'Étaples y en el fragor de la controversia va desarrollando su teología sobre el primado de Pedro, los sacramentos o la fuerza de la Tradición a la hora de establecer la fe definida.

Con todo, no hay entre sus obras ningún tratado de mariología, que es el aspecto en el que quería interesarme. Es necesario espigar entre sus sermones y obras de controversia para encontrar las distintas afirmaciones sobre los misterios marianos.

1. LA INMACULADA CONCEPCIÓN

La Concepción Inmaculada de María se deja ver en uno de los sermones sobre los salmos penitenciales, en concreto en el que versa sobre el salmo 37. John Fisher, antes de ser Canciller de Cambridge y Obispo, predicó una serie de sermones sobre los Salmos Penitenciales ante Lady Margaret, madre de Enrique VII, condesa de Richmond y Derby, su protectora. Sin duda por la insistencia de la noble dama, se publican en 1508 y se reimprimen siete veces antes de 1529, lo que da idea del enorme éxito de dichos sermones. Un valor añadido a este libro es el hecho de que son los primeros sermones impresos en inglés y, además, las primeras traducciones —aunque parciales— de la Sagrada Escritura a la lengua vernácula.

Ciertamente, su sermón sobre la Natividad de la Virgen es un tesoro, como toda su *Exposición de los Siete Salmos Penitenciales*, pues, como dice su biógrafo Bridgett, pocos idiomas «poseen sermones en lengua vernácula en fecha tan temprana»². De hecho, la idea de mejorar la predicación, era parte de su proyecto pastoral. Obtuvo del Papa una bula concediendo a la Universidad el nombramiento de doce predicadores que podían hacerlo en cualquier lugar del país, dotó dos cátedras de teología —una en

2. T.E. BRIDGETT, *Life of Blessed John Fisher, Bishop of Rochester, Cardinal of the Roman Catholic Church, and Martyr under Henry VIII*, London 1988, 107.

Oxford y otra en Cambridge— para exponer la Sagrada Escritura e instruir a los predicadores. Finalmente, urgió a Erasmo para que escribiera un libro sobre la predicación, que en 1523 está a punto de terminar:

«Si Cristo me da fuerzas, terminaré un libro sobre los principios de la predicación, que prometí hace mucho tiempo al mejor de los Prelados, John Obispo de Rochester, quien me lo pide en muchas cartas, apelando a nuestra vieja amistad y a su incansable y continuo apoyo hacia mí»³.

En el sermón que vamos comentando —sobre el Salmo 37, tercer Salmo Penitencial— el santo comienza recordando que había prometido hablar ese día de la Natividad de la Virgen y, por eso, dedicará la primera parte de su predicación a ese tema. Y lo hace apoyándose en Cant 6, 9: «*Que est ista, que progreditur quasi aurora consurgens*» (sic). La Virgen es la aurora y Jesucristo es el día, ansiado por patriarcas y profetas durante largo tiempo, hasta que,

«por fin, cuando el tiempo fue el adecuado y conveniente en su criterio, el Todopoderoso Dios causa este claro sol para dar luz al mundo. No obstante, lo hace en un justo y debido orden. Pues, verdaderamente no hubiera sido adecuado ni bien ordenado si, después de tan grande y horrible noche, hubiera brillado inmediatamente la maravillosa claridad de este sol. Fue, pues, muy acertadamente dispuesto que antes llegara la aurora intermedia, que no es tan oscura como la noche ni tan clara como el sol»⁴.

Afirma a continuación que este orden intermedio está avalado por la naturaleza, por la Escritura y por la razón, pormenorizando los argumentos adecuados para afirmar que debe haber un medio entre dos extremos. Inmediatamente afirma:

«Y ahora, para expresar este asunto con más claridad, trataremos de mostrar que, por las tres razones que he mencionado (naturaleza, escritura y razón), esta Bendita Señora, Madre de nuestro Salvador, puede bien ser llamada aurora. *Antes de Ella, no hubo nadie sin pecado*. Después de Ella, el más claro sol, Cristo, mostró su luz al mundo, desterrando con sus incontables rayos la oscuridad en la que el mundo estaba envuelto y cubierto hasta ese tiempo»⁵.

3. Cfr. R.A.B. MYNORS Y OTROS, *The Correspondence of Erasmus*, Toronto 1988, 9:229. La carta está fechada en Basilea, 1523.

4. J.E.B. MAYOR (ed.), *The English Works of John Fisher*, London 1935, 46, lín. 5-15. Los subrayados, cuando sea el caso, y la traducción son nuestros.

5. *Ibid.*, 47, lín. 21-29.

Es una maravilla, dice, que la luz pueda brotar de la oscuridad. Así,

«de la misma manera, podemos maravillarnos de esta Virgen *limpia, sin mancha de ninguna suerte de pecado y esplendorosa, aunque proviniera en su origen de pecadores que estaban cubiertos y envueltos en la oscuridad y en la noche del pecado*»⁶.

Sin hablar de la redención anticipada de la Virgen, no deja de señalar elegantemente que, aunque parezca que el sol nace de la aurora, es éste la causa de la claridad del amanecer:

«Percibimos que cuando el sol se levanta desde la aurora, hace que ésta sea más clara por la efusión de su luz. Así, Cristo Jesús, nacido de la Virgen, no la contaminó con ninguna mancha de pecado, sino más bien le concedió más riquezas hasta llenarla de mucha más luz y gracia de la que antes tenía. *Finalmente, aunque parezca que la aurora es la causa del sol, es el sol, indudablemente, quien causa el amanecer.* De modo similar, aunque la Virgen Bendita dio a luz a nuestro Salvador Jesús, Él la hizo y fue la causa de su nacimiento en este mundo. Así vemos que, por razones de la naturaleza, la Virgen María puede ser comparada con la aurora»⁷.

Siguiendo su plan ternario, pasa a hablar de las razones de la Escritura para seguir esta comparación. Recuerda que en la creación, Dios hizo primero la luz y después, en el cuarto día, creó el sol.

«De modo similar, todas las generaciones de la humanidad estaban envueltas y cubiertas de la oscuridad del pecado y, aunque el Espíritu de Dios estaba siempre en lo alto, preparado para dar la gracia, aún no se había encontrado a nadie capaz de recibirla hasta que toda la Trinidad ordenara el tiempo para que esta bendita Virgen surgiera y fuera traída a este mundo. *Por la Providencia del Dios Todopoderoso, fue guardada segura y defendida de cualquier mancha o señal de pecado,* así que bien podemos decirle a Ella, *tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te,* oh bendita Señora, tú eres toda hermosa y no hay en ti ni mancha ni marca de pecado (Cant 4, 7)»⁸.

Después continúa contemplando la entrega de su Madre por Jesús en la Cruz, para declarar que María es Madre de los miserables pecadores y también Madre de misericordia, porque es la Madre de Cristo

6. *Ibid.*, 48, lín. 3-7.

7. *Ibid.*, 48, lín. 12-26.

8. *Ibid.*, 49, lín. 4-15.

quien es la misericordia en sí misma. Es, pues, María también el medio entre los extremos de la miseria de los pecadores y la inocencia de Cristo, entre la brillante luz y la negra oscuridad y, a continuación, afirma:

«*Nadie nació sin pecado antes de Ella, sea mortal, venial u original. Muchos antes de Ella fueron hombres de gran virtud y santidad, como Jeremías, Elías y otros, pero como no estaban limpios de toda mancha de pecado, su virtud y santidad estaban escondidas como bajo una nube. Los ángeles santos recordándolo y viendo la luz de la Virgen brillar sin ninguna sombra después de tanto tiempo, se dicen unos a otros en admiración y maravilla: Que est ista, que progredietur quasi aurora cconsurgens (sic), ¿quién es la que avanza como una aurora naciente?*»⁹.

Continúa después hablando por extenso de la Virgen como Madre de misericordia y así enlaza con la explicación del Salmo 37. Antes, sin embargo, enumera tres cualidades de la aurora que concuerdan con las de nuestra Madre:

«Primero, si la aurora es hermosa, es suave y tranquila, sin que la perturbe viento, tormenta o tempestad. Segundo, va naciendo poco a poco de la oscuridad, echando afuera la negra nube de la noche. En tercer lugar, es brillante y clara, sin nubes ni nieblas. Esta luminosa Virgen tiene estas tres cualidades. Primero, es humilde y suave en su alma, así que no hay ráfagas de orgullo ni tormentas de cólera en Ella, sino que siempre fue gentil, humilde y llena de mansedumbre. *En segundo lugar, se levantó muy por encima de la oscuridad del pecado, poniendo bajo su pie a quien era la causa e incremento de dichos pecados.* En tercer lugar, brilló de modo claro, enteramente sin la oscuridad de la ignorancia»¹⁰.

Hay otro *obiter dictum* sobre la Virgen Inmaculada en el artículo XVII de la *Confutatio*, hablando del mérito de los santos. Está afirmando el Rofense que los santos adquieren méritos en la tierra que superan en mucho lo necesario para expiar sus delitos, y

«primeramente —y nadie puede ser ambiguo sobre esto— en cuanto lo que se refiere a la gloriosa Madre de Cristo, la cual careció de mancha, tanto de pecado original como actual. Sin embargo sufrió dolores innumerables y acerbísimos»¹¹.

9. *Ibid.*, 50-51, lín. 27-36, 1-2.

10. *Ibid.*, 52, lín. 5-18.

11. J. FISHER, *Opera omnia* (incompleta), Wurzburgo 1597, col. 490.

1.1. *El contexto histórico de la fe en la Inmaculada en tiempos de Fisher*

Un primer punto que se puede resaltar de esta exposición es que está desarrollada sin tono polémico. Fisher era un magnífico controversista y si fuera el caso de que esta doctrina sobre la Inmaculada no estuviera pacíficamente admitida, habría esgrimido todo tipo de razones —incluso citando las doctrinas contrarias, como hizo al rebatir a Lutero y Ecolampadio— para rebatir dichas afirmaciones. El hecho de que se limite a declarar el privilegio de la Inmaculada Concepción, sin refutar ninguna opinión contraria, y que el resto de la exposición lo dedique a consecuencias de tipo devocional o ascético, hace pensar que esta *piadosa opinión* era bien conocida por los católicos británicos.

Por ejemplo, John Longland, después Obispo de Lincoln, predicaba ante Enrique VIII en 1518: *liberrima uero beatissima deipara, uirgo poenitus ab omni corruptione peccatique feditae preseruta, neque uel conceptu uel nativitae primitiuo prentis atacta peccato*¹².

La fiesta de la Inmaculada se celebraba en Inglaterra desde el tiempo de los sajones, comenzando quizás en 1060, aunque fue abolida a la llegada de los normandos con Guillermo el Conquistador en 1066. Finalmente fue restaurada en 1127¹³; más concretamente, en uno de los estatutos del siglo XIV, se dice que en la Universidad se celebre la festividad de la Inmaculada como *doble: Festum quoque Conceptionis Beatae Virginis duplex festum et solenne de caetero habeatur*¹⁴.

Otra razón para pensar que no estaba afirmando nada nuevo, incluso que no necesitaba elaborar más sus aseveraciones, es conocer la tradición Inmaculista en Inglaterra desde la Edad Media. Comenzando por Beda el Venerable († 735) —que defiende la plenitud de gracia de la Virgen, aunque sin intuir el misterio de la Inmaculada Concepción—, y siguiendo por Alcuino —nacido en Inglaterra y educado en York, aunque se trasladara a la corte de Carlomagno en Aquisgrán, muriendo en Tours

12. J. LONGLAND, *Sermones Ioannis Longlondi theologie professoris... habiti cora[m] illustrissimi regis Henrici octau[i], fidei defensoris inuictissimi summa maiestate, cui est a confessionibus*, ed. R. Pynson (London, sin fecha, pero hacia el 1528, F 10r).

13. L. GAMBERO, *Mary in the Middle Ages*, San Francisco 2005, 110.

14. *Caetero* quizá sea una errata de *coetus*. CAMBRIDGE UNIVERSITY, *Documents Relating to the University and Colleges of Cambridge*, 3 vols., London 1852, vol. I, 400.

sobre el 804—, llegamos a los siglos XI y XII en los que esa tradición inglesa toma más fuerza con San Anselmo de Canterbury († 1109) y Eadmero († 1124). Como es sabido, es éste quien va más lejos, afirmando que la Virgen está exenta del pecado original, en los mismos términos prácticamente que se profesa hoy en día. Fue, ciertamente, el primero que expresó el argumento que dos siglos después se haría famoso por los scotistas: *Potuit plane et voluit; si igitur voluit, fecit*¹⁵.

No es necesario insistir en que —en esta línea de la tradición— John Ficher conocía también la doctrina de la Inmaculada Concepción en la obra de Duns Scoto. Que San John Fisher conocía la obra de Scoto lo demuestra el mismo Erasmo que —escribiendo a su viejo alumno Henry Bullock del Queen's College de Cambridge— afirma:

«Hace unos treinta años, no se enseñaba en Cambridge más que Alexander (*De Villa Dei*), los *Parva Logicalia* como eran llamados aquellos viejos dichos de Aristóteles, y las cuestiones de Scoto»¹⁶.

Por eso mismo, John Fisher conocía, y apreciaba a Duns Scoto desde sus tiempos de estudiante en Cambridge. Es significativo, por lo que dice de su amor a las *bonae literae*, que en los Estatutos de St. John College (1530) disponga que si no se encuentra un maestro de hebreo, se sustituyan las clases de esa materia por un curso sobre Scoto, «si puede cambiarse en un latín mejor»¹⁷.

Además, Fisher era Canciller de Cambridge desde 1504, pero fue Vicescanciller y *Divinity Doctor* en 1501, y ya entonces los maestros de la Universidad se comprometían a defender la doctrina de la Inmaculada. Al parecer, Oxford y Cambridge siguieron la pauta de la Universidad de París que exigía ese compromiso a sus miembros¹⁸. Pero como el Dr. Richard A.W.

15. *De Concepcione*, PL 159, 305C-306. Cfr. EADMER OF CANTERBURY, *De Conceptione Sanctae Mariae*, Ed. H. Thurston-Slater, Friburg 1904, 11.

16. P.S. ALLEN, *Opus epistolarum Des. Erasmi Roterodami*, Oxonii 1906-1958, 456.

17. R. REX, *The Theology of John Fisher*, Cambridge 1991, 64.

18. «In 1497 the University of Paris decreed that henceforward no one should be admitted a member of the university, who did not swear that he would do the utmost to defend and assert the Immaculate Conception of Mary. Toulouse followed the example; in Italy, Bologna and Naples; in the German Empire, Cologne, Mainz and Vienna; in Belgium, Louvain; in England before the Reformation, Oxford and Cambridge; in Spain, Salamanca, ...». F.G. HOWECK, «Immaculate Conception», en Ch.G. HERBERMANN Y OTROS, *The Catholic encyclopedia: an international work of reference on the constitution, doctrine, discipline, and history of the Catholic Church*, VII, New York 1910.

Rex afirma —contestando amablemente en correspondencia particular a mis interrogantes— no hay, en ningún documento actual en los archivos de Cambridge, constancia de ese voto. Bien porque Howeck «was presenting conjecture as fact» o bien porque en la Reforma se hiciera desaparecer en los Estatutos cualquier referencia porque «it is the sort of “embarrassing” detail which generations of Protestant historiography have not seen fit to include in general narratives of the history of Cambridge University».

En la recopilación ya citada (*vid.* nota 14), se recogen los estatutos en latín, incluyendo los aprobados en los finales del XV y principios del XVI y en ninguno de ellos hay referencia a que haya habido que sostener el misterio de la Inmaculada en Cambridge.

En los numerosos artículos que la Pontificia Academia Mariana Internationalis (PAMI) dedica a la Inmaculada no hay información al respecto. En el *Dictionnaire de Théologie Catholique*, en el artículo de X. Le Bachelet sobre *Immaculée Conception* hay una cita de Antonio Bonito de Cuccaro, Obispo de Acerno, que en su *Elucidarius virginis, de conceptione incontaminatae Virginis gloriosae* (1504-1510) se afirma: *Nec non universitates Parisiensis, Oxoniensis, Cantabrigensis ac Tolosana, et plures aliae idem firmiter asserentes, nobiscum, sicut Bononiensis*¹⁹; no cita pues que, aun sosteniendo la piadosa creencia, hubiera un voto concreto.

Pero, en mi opinión, es significativo que haya bibliografía suficiente para documentar las adhesiones de las universidades francesas, alemanas y españolas²⁰ y no se encuentre rastro para las inglesas. Podría explicarse por una censura de esos documentos desde la Reforma en adelante.

Son conocidos los esfuerzos de Cromwell para erradicar cualquier vestigio de Fisher en Cambridge, hasta el punto de mandar destruir el escudo del Canciller que estaba esculpido en la sillería del coro de Saint John College²¹. Y la tumba que había dispuesto para sí mismo, fue desmantelada y sus restos no aparecieron hasta 1773²². Parece increíble que en un país que se decía *Mary's Dowry*²³, la Dote de María, el furor ico-

19. D.T.C. col. 1126.

20. X. LE BACHELET, *ibid.*, col. 1126-1130.

21. Ph. HUGHES; *John Fisher: The Earliest English Life*, London 1935, 165.

22. M. DOWLING, *cit.*, 21.

23. Para la historia del título, *vid.* T.E. BRIDGETT, *England's Title: Our Lady's Dowry*, Catholic Truth Society, London, s.d.

noclasta de la Reforma llevara, incluso, a quemar en Chelsea, a mediados de julio de 1538, la imagen de Our Lady of Walsingham, la más venerada y objeto de las más numerosas peregrinaciones. Desde la Edad Media acudían miles de personas de todos los estratos, desde mendigos a reyes, incluido el mismo Enrique VIII²⁴.

La venerada imagen, junto a las de Ipswich, Doncaster y Penrice fue quemada en Smithfield. El 18 de junio de 1538, el obispo Latimer escribió al Secretario Cromwell comunicándole sus planes para que *ar-
dan durante todo el día*²⁵.

No parece, pues, muy aventurado pensar que cualquier documento que enalteciera a la Santísima Virgen fuera también objeto de destrucción.

2. LA MEDIACIÓN DE MARÍA

Más adelante, en el mismo sermón, cuando se adentra a explicar propiamente el Salmo 37, trata también de la mediación de María. Allí afirma que

«podríamos decir, si quisiéramos, muchas cosas en honor y alabanza de esta Bendita Virgen, pero nuestro propósito aquí es otro. En esta hora, nuestra intención no es cantar sus alabanzas —que nadie puede expresar suficientemente—, sino dirigir nuestras oraciones a esta bendita Madre y Doncella, para que en su bondad nos conceda su auxilio en nuestra miseria»²⁶.

Clasifica esas penalidades en tres tipos: el miedo, la servidumbre del pecado y la ignorancia, tal como las cita David en el salmo que comenta. Respecto al primero, afirma que al igual que el Profeta grita *Domine, ne in furore tuo arguas me*,

«...hagamos nosotros lo mismo diciendo a la Santísima Virgen: Bendita Señora, sé Tú la medianera y mediatrix entre tu Hijo y nosotros, miserables pecadores, para que no nos castigue eternamente»²⁷.

24. Cfr. E. DUFFY, *The Stripping of the Altars*, Yale University Press, Yale 1992, 377 ss.

25. J. DE SATGÉ, *The Cult of Mary in the Church of England*, PAMI, vol. III, 1985, 86.

26. J.E.B. MAYOR (ed.), *The English Works of John Fisher*, 52, lín. 18-25.

27. *Ibid.*, 54, lín 17-20.

Continúa hablando de los temores del hombre, y, refiriéndose al temor del juicio, termina similarmente con una advocación a Nuestra Señora:

«Llamemos a la Bendita señora, pidiéndole que sea nuestra mediadora, para que su Hijo, nuestro juez, no nos castigue ni con las penas del infierno, que dura por siempre, ni nos corrija con las penas del purgatorio, que tiene un término»²⁸.

Todos esos miedos son como tormentas que producen gran tribulación en el alma. Por tanto, acudamos a la Virgen que es como una suave aurora,

«...rogándole que nos libre de estas tormentosas calamidades; y en esta vida y después, nos conceda un alma tranquila»²⁹.

Pasa a hablar por extenso de la esclavitud del pecado, y termina, como de costumbre, invocando la intercesión de María:

«Hemos oído cuán grandes miserias sufrimos bajo el yugo del pecado y cómo hemos sido cubiertos por su oscura nube. Por lo tanto huuyamos hasta nuestra brillante aurora, la Santísima Madre de Dios, quien es una hermosa aurora que se levanta sobre todo tipo de oscuridad y quien, por su humildad, ha pisado la cabeza del demonio, autor y causa del pecado y de la oscuridad»³⁰.

Para el tercer tipo de penalidades, la ceguera de la ignorancia, se apoya en el versículo *lumen oculorum meorum ipsum non est mecum*:

«Aquí está el tercer tipo de desgracia: las nubes de nuestra ceguera, por la cual, ni por la fealdad del pecado —que es un horrible y temible monstruo—, ni por reverencia a Dios, siempre presente, nos abstenemos; sino seguimos pecando y lo hacemos gravemente. Líbrenos de esta miseria la más Bendita Virgen, cuya Natividad celebramos hoy. Ella, como luminosa aurora, ha dado a luz a su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, el más brillante sol que ilumina a todos los pecadores»³¹.

28. *Ibid.*, 55, lín. 13-17.

29. *Ibid.*, 59, lín. 13-17.

30. *Ibid.*, 65, lín. 32-36.

31. *Ibid.*, 70, lín. 1-8.

3. LA VIRGINIDAD PERPETUA DE MARÍA

Como decíamos más arriba, las doctrinas mariológicas de Fisher hay que entresacarlas de sus sermones y de sus escritos de controversia. En el caso de la virginidad de María, la doctrina se puede encontrar en su polémica con Clitchtove, *Eversio Munitiois quam Iodocus Clichtoveus erigere moliebatur*. Toda esta polémica comienza con el libro de Lefèvre d'Étaples al sugerir que María Magdalena no es el mismo personaje que María, hermana de Lázaro y Marta, y tampoco coincide con la pecadora que unge al Señor en casa de Simón. No es el momento de explicar toda la controversia, pero el Canciller de Cambridge escribió tres libros en esta materia: dos contra las teorías de Lefèvre y otro (la *Eversio Munitiois*) contra *Disceptationis de Magdalena Defensio* (Paris 1519) que Clitchtove escribió en defensa de las tesis de su amigo y maestro Lefèvre, o *Faber Stapulensis* en su nombre latinizado.

El objeto de su *Eversio Munitiois* es defender la importancia de la Tradición a la hora de interpretar la Sagrada Escritura. Así, la virginidad perpetua de María viene a colación a modo de ejemplo: según Fisher, San Jerónimo la demostró, contra Elvidio, no apoyándose únicamente en otros textos de la Biblia, sino acudiendo a razones históricas y a la Tradición. En esto sigue a Erasmo en su edición de Jerónimo³².

Es discutible esta aseveración del Canciller de Cambridge, porque San Jerónimo refuta a Elvidio acudiendo a frases paralelas o a usos señalados en las Sagradas Escrituras, pero este análisis nos llevaría lejos. Baste señalar que —como es lógico— S. John Fisher sostenía firmemente la Virginidad de María siguiendo a los Padres de la Iglesia y al Concilio de Nicea.

En la misma línea de apoyarse en una verdad admitida por la Iglesia para refutar la doctrina luterana de *sola scriptura*, Fisher argumenta en dos lugares distintos de la *Assertio septem Sacramentorum* que la indudable virginidad perpetua de María no está claramente expresada en el Evangelio³³.

32. D. ERASMO, *Tomus tertius Epistolarum siue Librorum Epistolarium diui Eusebij Hieronymi Stridonensis*, Basilea 1516, fol. 2 r.

33. *Assertio Septem Sacramentorum*, col. 50 y 63.

4. LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN SANTÍSIMA

Otro caso similar al anterior es la afirmación como verdad teológica de la Asunción de la Virgen. No trata de defenderla como tal, por lo que no se encuentra en su obra ningún desarrollo argumentativo de esta verdad de fe; se pone como ejemplo de una verdad que se mantiene por el *Ecclesiae Catholicus Consensus*. Fisher distingue entre consenso explícito e implícito. Lo afirma en la misma *Eversio Munitiois* y es allí donde pone como ejemplo la firme y general creencia de la Iglesia Católica en la Asunción de la Virgen, a pesar de no haber sido explícitamente definida en concilio. Más adelante, en su *Assertionis Lutheranae Confutatio*³⁴, repite que al consenso explícito sólo se llega en concilio general.

5. LA ANUNCIACIÓN DE LA VIRGEN

En el Art. VII de la *Assertionis* luterana, el reformador alemán había afirmado que la mejor penitencia era una nueva vida. Aportaba como ejemplo la conversión de San Pablo que, conmovido por la luz del camino de Damasco, preguntó: ¿Señor, qué quieres que haga? De este pasaje deduce que cuando el hombre siente temor, simultáneamente recibe la gracia.

El Rofense apunta que la verdadera contrición no es posible sin la gracia, pero nadie duda de que la penitencia que antecede a la caridad es auténtica penitencia, aunque todavía no es meritoria de condigno³⁵.

También Lutero intenta probar que la infusión de la gracia tiene lugar simultáneamente a una conmoción del alma y —en un pasaje muy bello y lleno de respeto a la Santísima Virgen— recuerda cómo se turbó cuando entró el Ángel a anunciarle su Maternidad. Lo que no es correcta es la extrapolación luterana, que afirma que los pecadores cuando temen el poder de Dios y son visitados por la gracia, vehemente se estremecen.

34. J.E.B. MAYOR (ed.), *The English Works of John Fisher*, col. 475.

35. J.E.B. MAYOR (ed.), *The English Works of John Fisher*, col. 416.

Esta afirmación da pie para que el Rofense, negando la conclusión, escriba un bonito pasaje sobre el pudor de la Bienaventurada Virgen María. Fisher, tiene, además, una razón clara para oponerse a este planteamiento de Lutero: que desde el primer momento de su Concepción la Virgen había recibido ya la gracia. Por esta razón, e inclinándose a una exégesis ya tradicional en su época, atribuye la turbación ante el Ángel al pudor de la Doncella:

«¿Quién puede admirarse de que una Virgen que hubiera consagrado su virginidad a Dios, estando sola, se turbara al ver entrar allí mismo en su tálamo a un joven? Ciertamente sería más que asombroso que su ánimo purísimo —en el cual no había el más leve obstáculo a la gracia— no fuera consolado por la gracia. Como quiera que fuese, está suficientemente claro que el Evangelio nunca afirma que fuera conmovida por eso, es decir, que la santísima Virgen se turbara al serle infundida la gracia»³⁶.

6. CONCLUSIÓN

Aunque sea una afirmación reiterativa, no puede menos que concluirse que S. John Fisher no fue un tratadista, sino un polemista, por lo que su mariología no cabe estudiarla más que espigando entre sus obras de controversia o sermones devocionales. No obstante, en este somero examen se puede comprobar la ortodoxia de su teología y apreciar la fuerza de su elocuencia. En lo que respecta a María, como hemos visto, defiende su Inmaculada Concepción, su Mediación y Virginidad, su Asunción y, siempre, como exige la mariología, partiendo de su maternidad divina.

El Rofense no es un escolástico, como no lo son la mayoría de los teólogos británicos. Se aprecia también en él otro rasgo frecuente en los escritos de los teólogos compatriotas suyos: una facilidad para la apologética. Polemista apasionado, en sus diatribas se trasluce un hondo amor a Nuestra Señora. Por ejemplo, en *Sacris Sacerdotii Defensio* exclama:

«¡Ay de los miserables que intenten disminuir su [de la Virgen] preeminencia gloriosa!»³⁷.

36. *Ibid.*, col. 241.

37. *Ibid.*, col. 1294.

Y el editor de la *Opera Omnia* anota al margen: *Punientur Maria laudis minuentes*. No obstante, por sus biografías sabemos que el Obispo de Rochester no solía condenar a los que sostenían afirmaciones heréticas, sino que procuraba convencerlos³⁸. Es importante tener en cuenta esto, porque los fuertes epítetos empleados en sus escritos contra sus adversarios —corrientes por demás en aquella época— pueden ocultar ese deseo de vencer convenciendo.

Hasta aquí nuestro viaje, corto, al mundo apasionante de San John Fisher. Me parece claro que nos ha enseñado, cuando menos, que profundizar en él es una tarea que merece la pena afrontar. Hombre piadoso, sabio y fuerte. Tan fuerte que coronó su vida con el acto supremo de fortaleza, el martirio.

Javier MORA
Instituto Mariológico de Torreciudad
HUESCA

38. Pueden servir de ejemplo las actuaciones de Fisher en los juicios contra Pedro de Valence cuyo decreto de excomunión le hace llorar públicamente (*vid.* Ph. HUGHES, *John Fisher: The Earliest English Life*, 22) o Robert Barnes que abjura de sus errores. En la conocida obra de John Foxe (1516-1587), *Libro de los mártires* no figura ningún hereje que sufriera penas corporales o fuera ajusticiado en la diócesis de Rochester.